

tamiento de sus respectivos castillos, pero obsérvese que Doña Cecilia parece que está hablando de nuestro castillo, salvadas las diferencias, pero todavía lo parece más cuando agrega que al sur se alzan las almenadas murallas del Alcázar, flanqueadas de torres "macizas", como nos cuenta Sergio Sánchez que era nuestra Torrecilla que le tocó destruir, torres "macizas" que le sirven de poderosos sostenes, contra el enemigo común, el tiempo, pero que fueron importantes contra los ejércitos.

Esta descripción coloca nuestro caso en pleno campo de las construcciones árabes. Pero hay más. Fernán Caballero nos habla de las ventanas divididas a lo morisco por firmes columnitas. Es decir, los ajimeces que se ven en la fotografía de nuestro libro primero y que doña Cecilia pinta con el más delicioso primor literario diciendo que tales ventanas darían a los jardines demasiada severidad sino estuviera paliada "por el murmullo de las fuentes, la espléndida alegría del cielo y la lontananza de sus horizontes que nada interrumpe por concluir los jardines en las murallas de la ciudad y que les dan el silencio y el



La Castelar como estaba en mi infancia, con la barbería de la Fama, la esquina de Francisquillo el sillero y la carretería de Demetrio Marchante, el hombre de la Zurrranta, sin un alma, con bastantico barro y sin ninguna tienda visible.

Al fondo las torres del Ayuntamiento y el torreón, cuya identidad es evidente, quitándole el cimborrio postizo a la del Ayuntamiento.

Se dice y yo lo creo que cuando se estaba tirando y se comprobó la fortaleza de la obra, se reconoció el error. La cosa no era para menos, pero...